

EL SOL DE ANDALUCÍA EMBOTELLADO

Juan Bonilla



El día en que el Xerez Deportivo subió a Primera División, yo estaba en Berlín. Poco antes de salir hacia Alemania estuve a punto de suspender mi viaje al comprobar que el domingo que el Xerez disputaría el partido que podría transportarlo por primera y única vez en su historia, a la Primera División, yo me encontraría en la capital alemana, recién llegado de Frankfurt y haciendo tiempo hasta que al día siguiente me tocara acudir a una reunión en Berlín. Pensé en poner una excusa barata, dolor en el vientre resuelto en apendicitis, accidente de coche o la muerte de mi padre, que llevaba cinco años muerto, aunque mis jefes no estaban enterados y si lo averiguaban yo po-

dría defenderme diciéndoles: sí, hace murió hace años, pero es que estoy empezando a sentirlo ahora mismo, como si las muertes de los tuyos empezaran a dolerte cuando tú decidas, y no cuando se producen. Pero no, no puse ninguna barata. Me limité a llamar al hotel de Berlín y preguntar si tenían televisión por satélite. Me tranquilizaron diciéndome que sí, que podría ver el partido por televisión.

Era domingo. Por la mañana había ido al mercadillo para tratar de disimular los nervios, había renunciado a ir a comer con la representante de mi estudio en Berlín y sus adorables amigos alemanes, porque temía que en la sobremesa se de-

moraran y me impidieran llegar a tiempo al hotel, así que opté por cansar los músculos en una larga caminata que me depositara ante la televisión a la hora precisa en la que comenzaría el encuentro. En algún momento de esa caminata, recordando que el partido había sido bautizado como la guerra del vino —pues enfrentaba al Xerez con el Logroñés, equipo de la Rioja— me dije: estaría bien tener una botella de vino fino para celebrar la victoria o disfrazar la depresión en caso de que no ganemos. Berlín, domingo. ¿Dónde encontrar una botella de vino de jerez? Llamé a la representante en Berlín de mi estudio y me dijo que me devolvía la llamada de inmediato. A los tres minutos me dio la dirección de una vinoteca a la que había le había dado tiempo de telefonar para cerciorarse de que estaba abierta, tenían vino de jerez y vendían botellas.

La vinoteca estaba donde Cristo perdió las ganas de salvar al mundo, y la botella de Tío Pepe me costó 25 euros: nada es más caro, cuando estás lejos de casa, que las cosas de casa. Es como si te echaran en cara que estés tan lejos y quieras utilizarlas para hacerte a la idea de que no estás lejos. Pagué lo que me pidieron, me quedé un rato allí degustando una copa de oloroso y echando de menos el plato de aceitunas que ponen en Jerez con cada copa de vino, y me sentí un exiliado, porque tengo facilidad para inventarme identidades instantáneas que dramaticen mi situación en cada momento, no sé si lo hago para darme pena a mí mismo y así poder reírme mejor de todo, o porque era domingo, y ya se sabe que los domingos inyectan tendencias suicidas en los solitarios, abren con golpes de viento calculado las ventanas más altas de los edificios, como invitando al salto, arrancan de las ramas de los árboles aforismos de Ciorán para convencer a quien sea capaz de escucharlos que nada tiene sentido.

Con ese estado de ánimo, patrocinado sin duda por el hecho de que aunque el Xerez se jugara subir por primera vez en su historia a la primera división, mi relación con mi ciudad de origen era muy complicada —ya sólo era capaz de amarla estando lejos, en cuanto llegaba a ella se me evaporaba el amor y me sacudía una especie de náusea que me obligaba a acoger inmediatos deseos de huida, temía recorrer las calles de la adolescencia por no tropezarme ni con novias dejadas al borde del altar ni con zombies que me reconocieran (una vez me paró un desconocido, pensé que era para pedirme una moneda, me preguntó si yo era quien era, me preguntó si no me acordaba de él, habíamos sido compañeros en el Xerez alevines, y por fin, sin reconocer a mi viejo compañero en los rasgos de aquel pordiosero, me pidió una moneda)—, volví al hotel, aunque faltaban dos horas para que comenzara el partido. En el último año sólo había ido a Jerez a dos cosas: a ver

al Xerez cuando jugaba en casa, y a ver a mi madre, a la que le habían diagnosticado cáncer, había padecido dos operaciones, y había empezado a recibir severas tandas de quimio y radioterapia. Podía haberle dicho a mis jefes, para excusar que no realizara el viaje a Alemania, que mi madre no mejoraba y quería estar con ella, y no hubiera mentido, pero me parecía que hacerlo era como aceptar la condena de la realidad y aprovecharla soezmente para justificar que en realidad no viajaba porque quería estar en el estadio. En el último año, iba a Jerez un fin de semana sí y otro no, en el fin de semana que iba apenas salía de la que fue la casa de mi infancia o el hospital, dependiendo de donde estuviera mi madre, y cuando me regresaba a mi casa, el domingo por la tarde, pasaba por el estadio del Xerez a ver el partido que disputara, y luego, ilusionado ante la racha de victorias que nos colocaba como candidatos a subir a primera, me iba a la estación y tomaba el tren que me devolvía a Madrid, temiendo que una llamada de madrugada, me avisara que ya está, *game over*, ven rápido.

En fin, Berlín, domingo. Caminaba, con mi botella de jerez, por una avenida cuyo nombre era una orgía de consonantes, con la sensación de que una bomba de neutrones había estallado en algún punto de la ciudad, sin afectar a las cosas, pero eliminando todo rastro de vida humana. La botella de jerez había deparado uno de los mejores endecasílabos de la poesía española del siglo xx: su eslogan, el sol de Andalucía embotellado, el primer endecasílabo que me supe de memoria. De niño, me quedaba a veces al sol, esperando que los demás niños bajasen a jugar, pensando en ese verso, sin saber que era un verso, imaginando el milagro de meter el sol en una botella y convertirlo en un líquido, un líquido, por supuesto, detestable —ya lo había probado, como todos en Jerez, a los cuatro o cinco años, en un descuido de nuestros padres— un líquido que, a juzgar por cómo lo bebían los mayores, me acabaría gustando cuando creciera. Lo que sí me gustaba, aunque no tuviera color de sol, sino más bien el color de una piel que ha recibido siglos de continuadas descargas solares, era el candiel, una mezcla de vino dulce con huevo y azúcar que nos daban a los niños para fortalecernos contra el frío o para amilanar una fiebre. En una tasca de mi infancia, una infancia llena de tascas porque las había por todas partes y porque mi padre solía parar en ellas, sin importar adonde fuéramos, a la piscina o a ver a los abuelos, para calentarse el ánimo mientras sus hijos se quedaban allí, mirando alrededor, como si los hubieran transportado a un futuro patético para que supieran bien cómo no debía ser su futuro, sin alcanzar apenas al mostrador, que solía ser de mármol o piedra, y en el que el tabernero, después de quitarse la tiza de la ore-

ja, iba apuntando delante de los bebedores el monto de sus consumiciones, en una de aquellas tascas llenas de botas de vino, mi padre me señaló a un tipo: me dijo, mira, ese es el poeta. Había sido el autor del eslogan del Tío Pepe, un anciano elegante que, delante de su copa de fino, parecía observar, como un científico, una dimensión desconocida que sólo a él se le alcanzaba. Tal vez de allí extrajo el magnífico verso que sirvió de eslogan a Tío Pepe: el sol de Andalucía embotellado. Nunca cobró derechos de autor.

Mientras caminaba hacia mi hotel, ubicado junto a un parque en el que en una sola noche había más comercio sexual que en toda la literatura alemana de los últimos cinco siglos, iba paladeando el endecasílabo del poeta anónimo al que vi una vez delante de su dimensión desconocida y de su copa de vino, y por mucho que me lo prohibiera, fue imposible no armarse de recuerdos. Los recuerdos son las mejores marcas: records. Un recordman no es sólo el que ostenta la mejor marca de una competición, sino también, por eso mismo, supongo, el que mejores recuerdos tiene de aquel día. No quería ser un recordman en un día como aquel, me iba diciendo a mí mismo que me dejara de melancolías, que dejase de recordar los patios de la infancia donde siempre había alguien cantando, las silenciosas calles entre bodegas por las que paseé mi desgana adolescente, la Alameda Vieja al lado de la Catedral donde me besaron por primera vez, la Librería Alternativa donde robé una biblioteca entera de libros de bolsillo, que dejara de acordarme de los muertos, que dejara de echar de menos a los que iban a morir muy pronto, me instaba a que viviera el presente, porque presente significa regalo. Pero era imposible no acunarse en las ramas de la melancolía. Lo que hubiera dado mi padre porque su corazón le hubiera aguantado hasta aquel día milagroso en que nuestro equipo se jugaba el ascenso a primera.

—Jugará el Xerez en primera alguna vez? —le preguntaba el niño que yo era, en el viejo Estadio Dómeq. Y él muy seguro de dar con la respuesta acertada:

—En cuanto te pasen a ti al primer equipo, ascendemos.

Era como si el Xerez fuera a ascender sólo porque la Federación quería agradecerle a la Directiva que me pasasen al primer equipo, no porque se lo mereciese por resultados.

Pero no, el corazón de mi padre no aguantó, su organismo, alentado por el tabaco y por medio millón de copas de vino, lo dejó en la cuneta varios años antes, en una temporada en la que el Xerez quedó a muchos peldaños de la primera división, y él escuchaba sus partidos metido en su mundo ruinoso, gastándose lo poco que tenía en quinielas que hacía para salir de su ruinoso mundo sin hacer otra cosa que hundirlo más. Siempre que íbamos juntos al estadio me decía: en

vez de estar aquí a mi lado, deberías estar ahí, jugando, y de nada le valía que yo le dijera: padre, tengo ya treinta y cuatro años, no creo que pudiera estar ahí jugando. Para él seguía teniendo quince, dieciséis, seguía jugando en los alevines, infantiles o juveniles del Xerez, seguía ilusionándose con la posibilidad de que el entrenador del primer equipo me viera y me dijese: muchacho, vente con los mayores. Seguía siendo una promesa. Me lo imaginé en el estadio aquel día, junto a mi hermano David y a sus nietos, con su bufanda del Xerez y su tendencia al pesimismo, ah, ya sé que no ganaremos, pero vengo igual a llevarme otra decepción, las tengo de todos los colores, pero me falta esta, tocar con las yemas de los dedos la primera división y dejar escapar ese sueño. E imaginé que el estadio estaba lleno de muertos, los miles de aficionados que se murieron antes de ver al equipo al que con tanta paciencia habían seguido durante años, con el sueño de la primera división como meta. En cuanto se me apareció esa imagen, justo en el momento en que mi reflejo se imprimía en el escaparate de una joyería, afantasmándome, me ordené alejar de una vez la melancolía, sin darme cuenta de que luchar contra ella es como tratar de sacar un coche con los neumáticos hundidos en barro, pisando el acelerador: no consigues otra cosa que hundirlo más y más, acordarte de penaltis fallados, de goles en propia puerta, de la tarde en la que en Sanlúcar, en un terreno de juego hecho de arena de playa, metiste un gol por la escuadra a dos minutos del final...

Llegué al hotel. Me subí a mi habitación. Era una habitación doble, en esos viajes por el extranjero siempre me ponían habitación doble aunque siempre viajase solo: en el estudio debían pensar en que estaba tan solo que me haría falta mucho espacio para cubrir las necesidades de esa soledad. Yo agradezco las habitaciones doble, me sobra espacio para no tener que aguantarme a mí mismo. Faltaba aún una hora para que comenzara el partido. Aquella hora duró quince o veinte años. La habitación doble, inclinándose por el terremoto mental que me sacudió entonces, fue a parar, como una nave a la que la estatura de las olas vuelven insignificante, a las calles de mi infancia y mi adolescencia, las noches perdidas en el Parque González Hontoria puntuando los culos de las muchachas, las madrugadas oyendo historias tétricas de borrachos heroicos en la tasca El Guitarrón, las mañanas de sábado jugando partidos oficiales en los campos de Chapín o en el Estadio de San Telmo, las largas tardes en el quiosco de El Cojo hablando de cualquier cosa y viendo pasar mujeres casadas, gente con algo que hacer, que iba a alguna parte, un novio que venía a recoger a su enamorada, la Vasca del 18 que iba a llevar a su hija a clase de baile...

Se me ocurrió abrir la botella de vino, es decir, se me ocurrió desembotellar el sol de Andalucía, y aplicar la nariz a su boca: ahí estaba, recién llegado del inalcanzable pasado, el aroma de las calles de Jerez. Nunca me ha gustado el vino fino, me sienta mal, no le encuentro la alegría, me pega duro en las sienes cuando sorbo la segunda copa, me sube a la memoria la agónica sensación de la primera borrachera y las ganas de que alguien me cortara la cabeza para acabar de una vez con las ganas de morirme que me invadieron entre las risas de amigos más avezados en el consumo del caldo. Pero su aroma sí me gusta, su aroma es sinestésico, es decir, está cargado con la información biográfica suficiente como para que ya no sea un mero perfume agradable, sino un lugar poblado de voces que puedo oír, de imágenes que puedo ver, de objetos que puedo tocar. La sinestesia, que es una figura que aparece no sólo en los tratados literarios sino también en los prospectos de los medicamentos —una de mis lecturas favoritas— cuando no es un mal prescrito por un doctor que teme que te hayas vuelto loco y aparece cargada de biografía, es una bendición que agranda el mundo, o nuestra manera de estar en el mundo, amplía el espacio que ocupas, lanza un garfio hacia el pasado que lo arrastra limpio hasta el presente, dota a las cosas que la producen de una condición milagrosa, como si hubieran tenido oculto un secreto que has conseguido desvelar. Así, un melocotón, de repente, no sólo te sabe a melocotón sino que a través de su sabor consigues oír la voz de un abuelo muerto. El tacto de una piel te hace de inmediato oler un perfume del pasado que no sabías que llevabas descargado en la memoria. Cuántas veces, en el metro, en el tranvía, paseando por la calle, una vaharada de perfume de una desconocida me ha golpeado repentinamente hasta hacerme recobrar el sabor de una boca antigua. Ah, qué ganas de volver a la Alameda Vieja para ver el crepúsculo sobre la cúpula que Eiffel diseñó para González Byass, tener quince años, estar a punto de recibir el primer beso...

O sea, Berlín, domingo, habitación doble, vino de jerez, aromas de infancia, calles que ya no existen como las conocí. Ahora hay una urbanización insípida donde estaba la bodega de Zoilo Ruiz Mateos en la que trabajaba mi padre, primero de camionero y luego de una temporada como chófer del magnate jerezano dueño de las bodegas, como encargado de Transportes, una calle en la que imperaba, multiplicado por un millón, ese mismo aroma que ahora emanaba tímidamente de la botella —inapreciable para alguien que entrara de repente en la habitación—. Bueno, para ser correctos no era el mismo aroma, naturalmente, pero la memoria está capacitada para hacer sus sabias trampas y montárselo a su manera

para recobrar las imágenes del pasado: el aroma de mi infancia era más agrio, estaba a dos dedos de merecer la condición de hedor para un olfato no habituado a su potencia. Sin el vino de jerez, sin esos aromas a bodega vieja, a botas de vino empujadas por hombres con monos azules y cigarrillos adheridos a sus labios inferiores —hombres capaces de bostezar sin que se les cayera el cigarrillo—, yo no sería quien soy: no es una exageración melancólica, sino la pura verdad, fácilmente demostrable. Vivíamos en un piso de 60 metros cuadrados en un barrio construido por la Agrupación de Bodegas de Jerez para sus trabajadores. Los primeros miedos de la infancia se asociaban a unos agujeros que había en los oscuros fondos de las bodegas y en los que vivían, según contaba mi padre, para que no nos alejásemos mucho, terribles cocodrilos. Pude estudiar bachillerato porque me dieron una beca Zoilo Ruiz Mateos, jugué mis primeros partidos oficiales en el equipo de Rumasa, mi primera moto me la compré con el dinero que gané vendimiando en los interminables viñedos de Croft, donde vi ratas del tamaño de un continente hundido, la primera chica con la que salí era una Domecq —de la rama pobre de tan ilustre familia, por eso en Jerez hace mucha gracia que digan de alguien, como para darle importancia: es un Domecq; cualquier jerezano te dirá, que dada la capacidad de los viejos Domecq para embarazar a criadas y a gitanas guapas a las que les prometían palacetes vacíos, casi no hay nadie en Jerez que no tenga algo de Domecq, como no hay nadie en Jerez que no tenga sangre gitana—, en fin, para saltar a la Universidad me dieron una ayuda de estudios patrocinada por Garvey, el primer premio artístico que obtuve lo financiaba la bodega Sandeman, el primer simposio en el que participé como arquitecto se celebró en la bodega González Byass, bajo la cúpula que diseñó Eiffel, y por si fuera poco, el primer libro dedicado por su autor que entró en mi biblioteca fue *Cinco historias del vino* de Fernando Quiñones, en cuyo prólogo Pemán dice que el vino de Jerez, como Fausto con Mefistófeles, es el único que se hace amigo de su enemigo, el océano, pues sin la vecindad atlántica de Sanlúcar, Chiclana y el Puerto, no se produciría ese caldo milagroso, y cuenta que antaño, cuando se hacía el jerez, antes de embotellarlo, se lo metía en un barco que era enviado a América: ir y volver, sólo para marear el vino. No sé si será verdad, porque no entiendo ni de vinos ni de Pemán, pero me gusta eso de quebrantar el reposo del vino con un viaje sólo para marearlo. El secreto está no sólo en la necesidad del reposo, sino en su quebranto haciendo millas. Estarse quieto, pero viajando. Así me gusta vivir, por contradictorio que parezca: me gusta quedarme quieto, pero tratando de que los sitios en los que me es-

toy quieto no dejen de moverse. *In Vino Very Taste*, podría decir a lo James Joyce.

Los quince o veinte años aquellos duraron 1 hora, 55 minutos para ser exactos, pues cinco minutos antes de encender la televisión llamé a mi hermano David, oí el rugido del Estadio, le pregunté cómo lo veía, me dijo «esta vez sí», pero lo dijo sin mucha convicción. Quise saber si no era optimista, si pensaba que el Logroñés nos iba a amargar el año, y me dijo «no es eso, esto está ganado». El no es eso, por supuesto, se refería al estado de mi madre, le habían hecho pruebas y esperábamos resultados, seguía ingresada, mi hermano no había querido ir a ver el partido, pero mi madre insistió, cómo te lo vas a perder, ya es suficiente que se lo haya perdido tu padre y se lo vaya a perder tu hermano, así que quedó y se fue al Estadio con mi sobriño, que ya militaba en los alevines del Xerez.

Berlín, domingo, el día en que el Xerez subió a primera división por primera y única vez en su torturada historia de fracasos y promesas incumplidas. Puse el televisor, localicé nervioso Canal Sur, y allí estaba, el estadio de Chapín vestido de azul, la algarabía de una muchedumbre que tal vez aún no se creía lo que estaba a punto de pasar en una ciudad deprimida por el paro, la quiebra, la violencia juvenil: Jerez es la ciudad de Andalucía donde más bates de béisbol se venden, a pesar de que no hay ningún equipo de béisbol. El estadio cantaba: «Vamos Xerez vamos / vamos a echarle huevos que ganamos / y esta noche dormimos en primera / y que los gaditanos se mueran. Y eso que dice la gente / que somos los borrachos y los delincuentes / que digan lo que quieran / que esta noche dormimos en primera». Aquí vendría bien un asterisco que dirigiera a una nota al pie de la página para informar de que los rivales más íntimos y detestados de los xerecistas son los aficionados del Cádiz, para un jerezano nada peor que ver junto a su lugar de nacimiento el aberrante paréntesis que informe del nombre de la provincia en que está enclavada su ciudad: prefiere que le digan que Jerez es un barrio de Sevilla a que es un pueblo de Cádiz. Canté en susurros con la multitud, moviendo los labios, dejando que las coplas sonaran dentro de mí para que mi voz fuera hilo de esa voz hecha de voces. «Cómo no te voy a querer, Xerez, / cómo no te voy a querer / si he venido a animarte / cuando estabas en Segunda B». Salieron los jugadores, se multiplicó el griterío en las gradas, empezaron a cosquillearme los nervios en la boca del estómago, me llevé la botella de vino a la nariz, esnifé su aroma. La primera media hora de partido fue fea y tensa. Era fácil intuir que los jugadores estaban todos demasiado concentrados en no cometer errores y eso les impedía dedicarse a aquello para lo que estaban allí: para ju-

gar. Se apiñaban todos en el centro del campo, donde ningún equipo lograba empujar la bola hacia el área rival, inclinar el campo para crear algo de peligro. Pero la afición de las gradas no se desalentaba, aunque yo empezaba a desesperanzarme. Es cierto que el empate nos valía, y que podía entender que el Xerez hubiera salido con demasiadas precauciones al terreno, pero eso no podía equivaler a renunciar a hacer un poco de fútbol y solventar la papeleta antes del descanso, pues un solo gol aportaría tranquilidad suficiente como para sosegar a los pesimistas, entre los que me he contado siempre, aquellos que temían que alcanzar los últimos diez minutos con cero a cero equivalía a tentar a la mala suerte y sobrecogerse en el último minuto cuando en una jugada, seguramente accidental, nos hicieran un gol que le cortaría la yugular a todas nuestras esperanzas. En el minuto 36, una internada por la banda izquierda de nuestro extremo, terminó con un centro tímido al área, donde sólo había un delantero del Xerez rodeado de contrarios, a pesar de lo cual, un defensa del Logroñés pensó que lo más seguro era enviar la pelota a corner y no complicarse la vida. Se coreó el córner como si fuese el primer signo del despertar del Xerez, y en efecto, botado el corner, el defensa Víctor Moreno —que tantos sustos nos había dado perdiendo balones en nuestra propia área durante toda la temporada— conectó un cabezazo débil que, sin embargo, se coló por el lado izquierdo de la portería del Logroñés en un clamoroso fallo del guardameta. Tardé en ver la pelota en las redes, y no porque no diera crédito al gol, o porque el gol lo hubiese cantado con heroico patriotismo el comentarista de televisión o se hubiese oído en la retransmisión el rugido ensordecedor de la afición agitando las banderas y enloqueciendo: tardé en ver la pelota en las redes y a los jugadores del Xerez abrazándose porque en la habitación de al lado, al conectar Víctor Moreno su cabezazo, alguien gritó gol. En la habitación de al lado, en Berlín, un domingo, alguien había cantado gol en el mismo momento en que el Xerez marcaba su primer gol en su partido contra el Logroñés. Inmediatamente le bajé la voz al televisor, pensé que había sufrido una alucinación auditiva —ya saben, ese «escucho voces» que patrocina a tantos locos de este mundo—. Había sido un grito ronco y seco, no uno alargado de esos que son típicos de los que retransmiten partidos, ni una sucesión de monosílabos que parecen peldaños con los que ir subiendo hasta la cumbre de una explosión en la que la palabra gol adquiere de repente una docena de «oes» entre la *g* y la *l*. No, había sido un solo gol, con una sola «o», enérgica, contundente, como la orden que se le da a un cachorro para enseñarle a obedecer. Gol. ¿Cómo era posible?

Pensé de inmediato, porque me precio de ser lo suficientemente racional como para que no me convenzan las apariciones de ultratumba ni las casualidades bizantinas, que en la habitación de al lado muy bien podría estar su ocupante viendo cualquier otro partido de la liga alemana, era domingo, se disputaban muchos partidos, a lo mejor no era alemán sino italiano o francés, daba igual porque gol se dice igual en todos los idiomas, puede que fuera un sueco o un finlandés que se había cerciorado antes de reservar la habitación de que el hotel disponía de televisión por satélite y podría ver a su equipo a miles de kilómetros de casa. Podía estar viendo al Eintrach de Frankfurt o al Borussia de Moentchentgladbach, o al Fenerbahce turco o al PsV de Eindhoven. Puede incluso que no estuviera viendo fútbol sino balonmano o jockey sobre hielo, donde el gol también es gol, aunque suele haber tantos que es raro que se cante sólo uno. Cambié de canal varias veces, y comprobé que daban fútbol en cuatro o cinco, aunque en ninguno de los partidos parecía que se hubiera acabado de marcar un gol. Aceptar que se trataba de un hincha del Xerez que, como yo, estaba en Berlín aquel domingo, y seguía las incidencias del partido contra el Logroñés en la retransmisión de Canal Sur, me parecía de una inverosimilitud insultante, y aunque ya me había dado tiempo a aprender que a la realidad muy a menudo le gusta ser inverosímil para acortarles las alas a las invenciones de los fabuladores, la irrupción de lo inverosímil en un momento como aquel, que hubiera resultado inverosímil por sí solo hace unos años, cuando sólo plantear la posibilidad de que el Xerez ascendiera a primera —y la posibilidad de que yo fuera arquitecto y trabajara en un estudio contratado por una empresa alemana para hacer viviendas sociales en cuatro ciudades distintas— hubiera podido servirle a tu mujer para dudar de tu cordura y pedirle al juez la custodia de los hijos, me resultaba más molesta que deliciosa, como si el hecho de que dos xerecistas estuvieran uno junto a otro en un hotel de Berlín, viendo cada cual el partido en su televisor y sin advertir quién estaba disfrutando y padeciendo al otro lado de la pared, en vez de ser un hecho milagroso, fuera una putada. Estuve a punto de llamar a la representante del estudio en Alemania para pedirle que telefonara al hotel en el que estaba y pidiera que la pasaran con la habitación de al lado... pero al final no me atreví.

Ya no pude seguir el partido con atención, ya no me quitaba de la cabeza al tipo de la habitación de al lado. Apliqué un vaso a la pared que nos separaba por probar si conseguía oír algo, la voz del narrador de Canal Sur, que ya había silenciado del todo en la televisión de mi habitación doble, algún comentario del tipo que había cantado gol, que a lo mejor era de los

que hablaban solo cuando están en una habitación doble, y van animando en voz alta a los jugadores aunque estos estén tras una pantalla de treinta pulgadas y sea del género tonto dictarles jugada, a la izquierda, juégala a la izquierda que Bermejo está libre, y cuando el que lleva el balón se la pasa en efecto a Bermejo, se dice uno: bien, así, como si el jugador no hubiera realizado esa jugada porque era lo más fácil sino porque obedecía las órdenes del lejano televidente. Ese interés mío en descubrir por algún sonido si el que estaba en la habitación de al lado había cantado el gol del Xerez o cualquier otro gol que se hubiese producido en el mismo momento que el gol del Xerez aunque a miles de kilómetros de distancia, en un estadio de Inglaterra —aunque la liga inglesa ya había acabado— o en uno de Grecia, me apartó del partido, y aceleró el reloj: sin darme cuenta de qué otras cosas habían sucedido sobre el terreno de juego llegó el descanso. Uno-Cero. Estábamos a 45 minutos de primera división. Ahora sí me apetecía una copa de vino fino, más bien un solo sorbo. Lo de copa es un decir, porque por muy doble que fuera mi habitación copas no había, sí dos vasos, uno para mí y otro para mi ausencia, en el cuarto de baño, protegidos ambos con plástico. Tomarse una copa de vino de jerez en un vaso de cristal de cuarto de baño de hotel es como tomarse un gazpacho en una palangana, cosa que por cierto también he hecho, una vez que en Uadagudu, Burkina Fasso, donde también me envió mi estudio, les hice un gazpacho a unos amigos que no tenían otra cosa para servirlo.

En fin, lució en aquel vaso el líquido sol de Andalucía y venía bien aquella lumbre de la infancia ahora que empezaba a desplomarse el día, más bien ceniza, sobre Berlín. En el estadio, cuando volvieron a conectar para retransmitir la segunda parte lucía el sol, faltaba aún mucho para que se pusiera en los horizontes, llenos de viñas, de Jerez. Orina de las diosas, le llamaba al vino fino un poeta borracho que nos encontrábamos en las tascas de mi adolescencia cuando salíamos los sábados por la tarde para desabrocharnos el pudor antes de explorar la noche, donde nunca encontrábamos nada que nos hiciera alcanzar las mañanas de los domingos con la sensación de que éramos los amos del mundo. Orina de las diosas, me gustaba, sobre todo que pensara que el vino de jerez era no sólo divino sino femenino. ¿Por qué las diosas y no los dioses?, le pregunté una vez al poeta borracho, imaginando que había presentado aquel eslogan al concurso de eslóganes que ganó «el sol de Andalucía embotellado», y que desde entonces mascaba su derrota con rabia, y se repetía su heptasílabo a sabiendas de que era el único habitante del planeta tierra que lo consideraba más afortunado que el eslogan ga-

nador. La orina de los dioses es la manzanilla de Sanlúcar, me dijo el Bukowski de Jerez, un vino para señoritas que sale de entre las piernas femeninas de los dioses maricones; la orina de las diosas es un placer para hombres de verdad producido por esa muchachas imponentes de la Mitología, me dijo. Era una manera de verlo. Aquel hombre escribía sus poemas en las tascas, y dejaba lo que había escrito sujeto por la moneda con la que pagaba sus copas, como propina para los camareros, que no creo que aceptaran sus versos. Una vez me quedé con uno de sus poemas cuando abandonó El Guitarrón, la oscura tasca donde de vez en cuando lo encontraba. Se lo leí a mis amigos: «Que por mayo era por mayo / cuando llega la calor, / cuando los vinos te engañan / los expulsas en sudor / cuando las enamoradas / vuelven al hombre cabrón. / Si no yo, triste y borracho, / que también soy maricón / y me muerdo por un macho, / un muchacho del Tardón».

En fin, Berlín, cae la noche, domingo, va a empezar la segunda parte, en la habitación de al lado alguien cantó gol cuando el Xerez marcó su primer gol en el partido contra el Logroñés que nos depositaría en primera división. Vi esa segunda parte nublada la emoción de certificar que mi equipo jugaría en primera la temporada siguiente por la perplejidad de que alguien estuviera viendo el mismo partido que yo en la habitación de al lado: o sea, esperaba ahora que el Xerez marcara su segundo gol no para matar el partido y asegurar el ascenso, sino para comprobar si en la habitación de al lado su ocupante también lo contaba justo cuando el balón entraba en las redes del arco del Logroñés. Fue en el minuto 18 de esa segunda parte, después de una danza tediosa en la que el Logroñés atacaba con imprudencia para empatar el partido, facilitando los contraataques de mi equipo. Un robo en el borde del área del Xerez, un balón adelantado hacia nuestro extremo Camuñas, un regate de este tras el que dejó el balón franco a Bermejo, que quedó sólo con el portero contrario. El portero del Logroñés adivinó hacia dónde iba a dirigir el regate el delantero del Xerez, y pareció que se haría con el balón, pero, incomprensiblemente, cuando ya lo tenía atenzado, se le escapó, permitiendo que Bermejo, volviera sobre sus pasos, cazara la pelota suelta y rematara a puerta vacía. Se vio claro que era gol un segundo antes de que lo fuera, pero aguanté el cántico por ver si mi vecino cantaba antes, y sí, allí estaba, otra vez, un poco menos seco que el primero, quizá con tres «oes» entre la g y la l de la palabra gol, y en cuanto lo oí, canté yo también, junto a todo el estadio, goooool, grité, para que mi vecino supiera que yo estaba allí, que lo había oído, que éramos dos (en ese momento hubiera sido ya más inverosímil que mi vecino estuviera viendo otro partido y que

en ese partido entre, no sé, el Kaiserlautren y el Schalke 04, de la liga alemana, hubiera habido otro gol en el mismo minuto que en el Xerez-Logroñés, que el hecho ya de por sí inverosímil que dos hinchas del Xerez, y por lo tanto jerezanos, pues el Xerez es de esos equipos de los que sólo puedes ser hincha si eres de allí o vives allí, estuvieran viendo el partido que llevaría a su equipo a primera división en un hotel de Berlín, y en habitaciones consecutivas). Canté gol no tanto por la alegría de saber que ya estaba ganado el partido y nosotros en primera división, como para que mi vecino me oyera, aunque quizás él, ahora, podría pensar, al no haber cantado yo el primer gol del Xerez, que en la habitación de al lado un alemán celebraba que su equipo había marcado un gol en el mismo momento que el Xerez lograba el suyo. ¿Qué hacer ahora? Lo más natural era ir a curiosear, llamar a la puerta de mi vecino, comprobar si estaba viendo el Xerez-Logroñés, ofrecerle un vaso de vino de nuestra tierra, ver juntos el final del partido. Eso es lo que hubiera hecho cualquiera, asomarse, pedir perdón si se confundía y resultaba que el vecino era un bávaro celebrando los goles del Bayern de Munich, reírse a carcajadas si resultaba que, no sólo el vecino cantaba los goles del Xerez, sino además lo conocíamos, porque había ido a nuestro instituto y hacía treinta años que no lo veíamos, o habíamos vendimiado juntos, o era el hermano de uno con el que jugábamos al fútbol. Eso es lo que debería haber hecho yo mismo, sí, es verdad, pero me gusta acunarme en el «¿qué pasaría si...?» sin forzar a la realidad a que me dé una respuesta, prefiero inventármelas yo, y es verdad que así me pasan menos cosas de las que podrían pasarme, pero también lo es que me ahorro unas cuantas decepciones.

Así que yo tenía excusa para no llamar a la puerta de la habitación de al lado, una excusa si se quiere bastante endeble, pero la pregunta que se alzaba ante mí ahora, mientras el partido entraba en sus últimos minutos y la afición del Xerez coreaba cánticos, era: ¿por qué no viene él a mi habitación a preguntar?, ¿qué excusa tiene? ¿Acaso era también, colmo de las coincidencias, además de xerecista en un hotel de Berlín, uno de esos tipos que prefieren inventarse la realidad para no sufrir decepciones?

No iba a haber un tercer gol para que nuestros gritos coincidieran por fin, el partido fue apagándose mientras aumentaba la algarabía en las gradas, y podía imaginar, saborear incluso, las calles de Jerez llenándose de bocinas, banderolas, cánticos, las plazas en las que me fumé decenas de horas de clase, llenas ahora de una euforia contagiosa y unánime. Le bajé la voz al televisor, y apenas quise mirar cuando, terminado el partido, conectaron con la plaza del Arenal, don-

de ya empezaban a llegar los hinchas para brincar por la victoria y el ascenso. Mi teléfono empezó a recibir mensajes, uno de nuestra representante en Alemania, uno de un compañero del estudio, uno de mi hermano David. Supuse que al teléfono del inquilino de la habitación de al lado le pasaba lo mismo, y supuse que él tendría a quien llamar para intercambiar felicitaciones, así que volví a pegar la oreja a la pared por si lograba distinguir su voz, la fiebre de la alegría alzada no sólo para dejar escapar a su felicidad sino también para que el inquilino de la habitación de al lado, o sea yo, supiera a ciencia cierta que sí, los dos veníamos del mismo sitio, para los dos era un día grande aquel domingo, aunque estuviésemos lejos de casa. No se oía nada. Imaginé que no quería hacer ningún ruido porque tenía el oído pegado a un vaso que había aplicado a la pared que nos separaba, para tratar de oír algo en mi habitación, y vi nítidamente, como si mi cámara cerebral se alzara de repente hasta una altura superior a los techos de las habitaciones, que habían desaparecido momentáneamente, a dos hombres pegados a unos vasos que habían sido aplicados a los dos lados de una pared, para escuchar el silencio que había en la habitación de al lado.

En aquella situación cometí el error de utilizar la peor de las herramientas que tiene alguien que no está seguro de querer que le pasen cosas y se contenta con inventarse las cosas que podrían haberle pasado: la fantasía. Empecé a fantasear con la posibilidad de que realmente —no utilizo el adverbio al tuntún y para demostrarlo lo repito: realmente— me hubiera inventado el canto de aquellos dos goles de mi equipo al otro lado de la pared. Fantaseé con la posibilidad de que en la habitación de al lado no hubiera nadie, o hubiera una pareja haciendo el amor —y los gritos de entusiasmo habían coincidido con los goles del Xerez— o riñendo, y un insulto en un idioma extraño en el que hijo de puta se dijera goooool, o algo parecido, se hubieran lanzado justo en el momento en que mi equipo marcaba. Fantaseé, porque lo malo de la fantasía es que cuando se pone a funcionar lo vampiriza todo y se permite crear versiones dramáticas o humorísticas que corren paralelas, con la posibilidad de que en la habitación de al lado quien estuviera viendo el partido fuera el muerto que siempre iba conmigo a todas partes, que por dejarme solo en aquella ocasión no se había quedado en mi habitación, a pesar de que me sobraba espacio, y se había alquilado la habitación vecina para cantar los goles de nuestro equipo. Fantaseé con la posibilidad de que alguien, mi compañero de estudio o nuestra representante en Alemania, me hubiera gastado una broma y hubiera desembolsado un dinero para quedarse con la habitación vecina y facilitar la irrupción de lo inverosímil en mi vida,

a ver qué se me ocurría hacer una vez que se hubiese producido esa situación. Y mientras fantaseaba con todo eso, con la habitación vacía, o con una pareja que reñía o se amaba, o con mi padre muerto, o con la broma de mis amigos, concluía que al otro lado, el xerecista que había pegado un vaso a la pared para tratar de oírme, estaba también fantaseando con todas esas posibilidades. Al fin y al cabo, me dije, qué conseguiría si voy a la habitación de al lado: encontrarme con alguien con quien sólo tengo que ver de momento una cosa, ser del Xerez, pero a quien tendré que soportar esta noche si llamo a su puerta y le digo, «somos de primera» y a lo mejor es alguien que en cualquier otra situación me caería fatal, y tendríamos que entregarnos al deporte patético de la nostalgia, recordar los tiempos en que estuvimos a punto de coincidir, él fue a La Salle, yo al Alvar Núñez, él iba a alevines del Xerez cuando yo ya estaba en juveniles, claro que había bailado en el Club Nazaret, claro que se había emborrachado en La Moderna, claro que los domingos por la mañana iba al rastro de la Alameda Vieja, por supuesto que había salido con Mari José Peña. Uf, me fatigaba pensar sólo en la posibilidad de compartir aquella noche con alguien con quien sólo tenía en común una cosa que cada vez me resulta menos significativo porque cada vez tengo más: el pasado. Me imaginaba que podía ser, no sé, el cantante melódico Bertín Osborne, natural de Jerez, y eso bastaba para que se me quitaran todas las ganas de llamar a su puerta y decirle: qué casualidad ¿no? Poco a poco fue ganándome la certeza de que mi vecino era el cantante melódico Bertín Osborne: una trampa cerebral para que dejara de acuciarme la curiosidad y para conformarme con dejar las cosas como estaban.

Sí, era mejor dejarlo así, en una casualidad, en un enigma. Y él, el tipo de la habitación de al lado, fuera el cantante melódico Bertín Osborne o no, pensaba lo mismo que yo, porque tampoco vino a llamar a mi puerta, ni siquiera cuando decidí telefonar a mi hermano David y sin bajar la voz, y recobrando el acento andaluz, le grité Felicidades campeón. Ya estaba en el hospital, imagínate cómo está todo, me dijo. En televisión retransmitían en directo el momento en el que unos aficionados desenfundaban sobre el cuerpo colosal del Minotauro que está junto a la estación de tren, una camiseta de nuestro equipo: ese Minotauro es la escultura de bronce más grande de Europa, no sé si lo saben. Me gustaba verla al llegar a Jerez y despedirme de la ciudad diciéndole hasta luego al Minotauro, sin saber cuánto iba a tardar en volver. En un plató improvisado frente al ayuntamiento, pasaban gentes principales de la ciudad para ofrecer sus opiniones. Me quedé un rato mirando, reconociendo a un concejal que fue profesor

mío en el instituto, a un bodeguero, a un marqués y al cantante melódico Bertín Osborne. Así que, uf, menos mal, finalmente el cantante melódico no podía ser mi vecino.

Había quedado a cenar con nuestra representante en Alemania, y aunque me quería llevar a algunos garitos de Berlín, insistí en que nos quedáramos a cenar en el hotel. Quería ver salir y entrar a los inquilinos, como si así pudiera descubrir quién era mi vecino. Ella se quedó muy extrañada de mi insistencia. Había bajado conmigo la botella de sol de Andalucía embotellado, para regalársela, pero nos la fuimos tomando entre los dos, y a la segunda copa, sin más que unas avellanas en el estómago, decidí contarle lo que me había pasado, que me encontraba insólitamente taciturno a pesar del ascenso a primera división de mi equipo. Para mi sorpresa, no se sorprendió. Para mi sorpresa, no insistió en reventar el enigma acudiendo a recepción y preguntando quién se alojaba en la habitación de al lado o pidiendo que la pusieran con la 314. Me dijo que entendía que ninguno de los dos hubiéramos llamado a la puerta del otro, ella tampoco lo hubiera hecho, a pesar de estar a miles de kilómetros de casa, o a lo milagroso de la coincidencia. Explorar esa coincidencia era jugarse la noche en el extranjero, y a fin de cuentas, quién iba a haber en la otra habitación: alguien con quien lo único que compartía era el equipo de fútbol, muy poca cosa si no se está en el lugar adecuado, y el lugar adecuado, en aquellos momentos, eran las calles y las plazas de Jerez, no Berlín. Si lo dejaba tal y como estaba, siempre podría utilizarlo a mis anchas, disparar la imaginación para obtener alguna historia más honda: yo sabía que si llamaba a aquella puerta, o si mi vecino llamaba a la mía, tendría que renunciar al encanto de imaginarme un personaje, y por lo tanto entendía ella que no me apeteciera correr riesgos, guardarme la coincidencia para utilizarla cuando me viniera bien en vez de descubrir que al otro lado de la pared había un pobre hombre en viaje de negocios, como yo mismo, que iba a darme la vara toda la noche sólo por compartir con un compatriota el ascenso de nuestro equipo, dos tipos ridículos y borrachos en un garito de Berlín rodeado de gente

que no podía entender los cánticos de aquellos extranjeros patéticos, o peor aún, podía encontrarme con un tipo que ni siquiera era aficionado del Xerez, sino que quería sólo que no ascendiera el Logroñés, porque su mujer le dejó por el guardameta de ese equipo, que, por cierto, había estado fatal en los dos goles del mío. Eso me gusta, le dije, un tipo que no quiere que gane el Xerez sino que pierda el Logroñés porque su mujer le dejó por el portero. Es muy barato, me dijo ella, y agregó, está rico este vino, y se sirvió otra copa. Y sí, había empezado a encontrarle el gusto al jerez, un sabor como de sol amortiguado que se agarraba al paladar, y estaba empezando a subírseme a la cabeza. Imaginé que aquel sorbo que acababa de dar había estado reposando en una bodega de Jerez, y luego lo habían embarcado a América en viaje de ida y vuelta sólo para marearlo, y sólo para que, tanto tiempo después, me mareara a mí. Se había estado quieto sin dejar de viajar, como yo mismo.

Ahora sí que me apetecía ir a los garitos berlineses. No habíamos cenado nada, pero daba igual. Al día siguiente trabajábamos, pero daba igual. Hoy tocaba fiesta. El Xerez estaba en primera división y cuando, en un par de días, yo regresara a la ciudad de bodegas donde nací, una ciudad que ardía en euforia y se desbordaba de alegría a pesar de la bancarrota espeluznante en la que vivía, me esperaba un verano de hospital en una habitación de la planta de cuidados paliativos, desde cuya ventana se veía un horizonte de viñas tras el que se guarecía el resto del mundo, y ese coloso de sonrisa tramposa que rige la vida de todos, el futuro, lugares —el resto del mundo, el futuro— desde los que no tendría necesidad alguna de volver a Jerez, porque nadie me estaría esperando ya y porque Jerez, después de ese verano, ya sólo serían para mí los resultados de mi equipo de fútbol consultados en una página de Internet y, daría igual donde me encontrara, en Madrid o en Nueva York, una botella negra con etiqueta inglesa en la que alguien había conseguido derretir, hasta hacerlo líquido, es decir, hasta liquidarlo, el plebiscito sol de mi infancia. ■ ■